

en castellano, *El holandés volante*. Después, prevaleció el título de *El barco fantasma*.

* *

Yo ignoraba hasta el nombre del autor, y ni remota idea tenía de la obra. Desde luego me interesó profundamente. No se parecía, por cierto, a *Los Hugonotes* ni a *Dinorah* ni a *Poliuto*, que entonces hacían furor en las temporadas del Real de Madrid, donde tampoco se sospechaba a Wágner, ni creo que ningún periódico español hubiese impreso su nombre una sola vez.

El barco fantasma no es lo mejor de Wágner, pero lleva la huella del genio, y encierra trozos de sorprendente hermosura. El coro de los marineros condenados, que tripulan el buque errante con su siniestro cargamento de muertos, al través del Océano, me impresionó, así como el canto, tan misterioso, de las hilanderas.

Al día siguiente, en la Exposición, y ante el comisionado español, que dirigía la maniobra de colocar objetos y poner un poco de orden, expresé mi admiración hacia el autor de tal música, y recuerdo la respuesta del comisionado: «Es un tal Wágner... Se le discute muchísimo. Para unos es un genio sublime, para otros está loco de atar. A su música la llaman *la música del porvenir*. Dicen que hinca un clavo en los oídos, y luego pega martillazos, hasta que el clavo se hunde en el cerebro.»

Y ya, desde que regresamos a España, perturbada entonces tan hondamente por la guerra civil, no volví a oír de Wágner media palabra, hasta que el Real se atrevió a dar *Rienzi*, que no gustó gran cosa, ni había por qué, pues *Rienzi*, dentro de la obra wagneriana, carece de importancia, y hasta de originalidad, estando de lleno en la escuela italiana.

Mucho tiempo tardó en aparecer con su cisne *Lohengrin*, y él y trozos de otras obras de Wágner ejecutados en conciertos, empezaron a despertar la inteligente afición madrileña. Al suceder esto, cundió la especie de que, para entender al maestro colosal, se necesitaba oír repetidas veces su música. Y yo no lo creía, puesto que, sin necesidad de asistir a ninguna cátedra, y sin antecedente alguno, me había gustado *El barco fantasma*.

Esta prueba de mi sensibilidad artística creo que me da derecho a votar con los que encuentran que *Parsifal* es magnífico..., pero largo. Sí: el espíritu germánico, más penetrado de la grandiosidad que de la proporción, se explaya, se detiene, contando con la atención sostenida e infatigable de un pueblo más flemático que nervioso. La poderosa calma alemana se revela también en este sumo artista, gloria de la raza y asombro de la humanidad.

* *

Dicen que el papel de Wágner ha bajado en Alemania mucho, que ya no se le ensalza ni la mitad que antes, y que el gusto vuelve hacia Mozart y Beethoven.

Era fatal, tenía que sufrir también Wágner esa prueba, esa crisis. Negado al principio; ridiculizado después; tratado de insensato; estudiado como se estudia un caso de vesania; subido luego al Empíreo; adorado, no ya como semidiós, como Dios; extendidas las inmensas alas de águila de su inspiración por el mundo, tenía que llegar para él la hora de la revisión de valores, de la despiadada crítica, y hasta de la fatiga, de ese hastío humano que no puede sufrir más lo que idolatraba, y escupe desdenoso sobre el amor y los entusiasmos de ayer. Todo ello estaba previsto.

En el conjunto del público, no obstante, no influyen los caprichos y cambios del gusto de inteligentes e intelectuales. El público sólo sabe que no ha visto alzarse ningún nombre ni resplandecer ninguna gloria que pueda eclipsar la del amigo del rey de Baviera. Además de compositor es poeta Wágner. Casi es más grande como poeta, y si sus libretos los escribe otro, no tendrían esa profunda compenetración con la música. Pueden definirse así las óperas de Wágner: un todo, indivisible, de música y poesía.

A la larga, el poema decide la suerte de la música. Es un hecho poco observado, pero muy real. El negocio asunto, neciamente desarrollado, de *Dinorah*, por ejemplo, ha puesto en ridículo a una obra que musicalmente tiene páginas lindísimas. El asunto, dramático, histórico, de *Los Hugonotes*, sostiene aun esta creación de Meyerbeer.

* *

Pero no conozco asuntos ni libretos comparables a los de Wágner. Publicados sin música, como poe-

mas, hubiesen logrado, para su autor, un lugar eminentísimo entre los vates alemanes. Hay dos cosas dignas de notarse en los poemas de Wágner: una, el carácter tradicional; otra, el modernísimo sentimiento. Uniendo el pasado al presente con lazos de oro, Wágner ha logrado quitar a la evocación del ayer esa frialdad arqueológica, ese gris de telaraña, que la apartan de nosotros, y la aíslan de la vida actual. No hay gente más moderna y contemporánea, en cierto respecto, que Tristán, Iseo, el caballero Tanhäuser y el héroe Sigfrido.

Todo el sentido legendario de la historia y de la mitología germánicas, y aun de las razas del Norte en general, ya que Tristán e Iseo y sus trágicos amores pertenecen al ciclo bretón, los desentraña Wágner, mostrando cómo seguimos viviendo de esa profunda raíz.

Los problemas de nuestra conciencia están simbolizados en la infernal tradición del *Venusberg*, con la diablesa que pierde a los hombres, en el certamen de la Wortburga, en la figura célica de Santa Isabel, y surge de esta evocación el poema del pecado y del arrepentimiento, el milagro y el perdón. *Lohengrin*, cuya idea es el misterio, representa la caballería, fruto de las cruzadas y del catolicismo. Elsa es una figura angélica, digna de un vitral.

Y si en la tetralogía, tan profundamente mística, tan germana y a la vez tan primitiva, tan enlazada con los orígenes de las razas y de los pueblos, no asoma sino como consecuencia del ocaso de los dioses la suposición del advenimiento del cristianismo, en *Parsifal* son el cristianismo y el catolicismo los que culminan, sobre todo el catolicismo, con su dogma formidable y soberano de la Eucaristía, abismo de la gracia, en que la mente se confunde, y el corazón se eleva y magnifica.

* *

¿Qué es *Parsifal*? Una misa; un holocausto. Es el triunfo del dogma de amor sobre el infierno, sobre el pecado, sobre las pasiones. Con acierto singular, o mejor dicho, con intuición de artista, Wágner ha presentado contra la redención por la sangre divina contenida en el Grial, los ardides del mago Klingsor. Porque, en efecto, la mayor parte de las viejas religiones impuras no eran más que ritos mágicos. La persecución, en los países cristianos, contra hechiceras, brujos y brujas, de ahí nació: de que la magia es la enemiga del cristianismo.

En el continente americano, creencias y ritos se basaron en la magia negra. Klingsor, el moro, es tan simbólico como Parsifal, el fervoroso, «el puro» por antonomasia. Y sobre este tema, escribió Wágner la música más estremecedora de belleza: esa página que transporta a todos los públicos y que se llama *la Consagración del Grial*.

Se creería que este sello católico de la obra de Wágner fuese incompatible con el espíritu protestante alemán. Y acaso lo sea, y quizás por eso haya sufrido tal contradicción y negación el maestro. Sin embargo, el culto de Wágner es cosa alemana, pues en Francia llegaron al extremo de silbarle.

* *

Hoy, el público madrileño empieza a ser uno de los más adictos a Wágner. Algunos señoritos siguen encontrando que todo aquello es «una lata»; pero ya sienten rubor de decirlo alto. Lo murmuran tímidamente, entre dientes, un tanto abochornados de su opinión.

Con ser la gente tan parlanchina, en *Parsifal* no sólo guarda, sino que exige silencio. Y la Empresa ha vuelto a dar *Parsifal* este año, porque el pasado se contaron por llenos las representaciones. Es fácil que ahora suceda lo mismo. Incluyamos esta nota entre los síntomas de cultura y de adelanto. En el momento presente la noción de cultura sufre también una revisión; la guerra vino a traer la crisis de ese ideal. Pero, lo que dirán los germanos: una cosa es la cultura y otra, pero acaso la misma, los morteros de cuarenta y dos.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El mismo entusiasmo y recogimiento fervoroso que el año pasado, despertaron ahora las audiciones de *Parsifal*. La de ayer noche ofreció la novedad de ser continua. El año pasado, como es sabido, dividían la ópera en dos mitades, y al primer acto se asistía a las cinco de la tarde, dejando luego un intervalo desde las siete y media hasta las nueve, a fin de cenar y tomar ánimos para los otros dos. Con el arreglo actual, y algunos cortes (que los verdaderos aficionados reprueban), se ha podido cantar *Parsifal* de ocho a una, sin interrupción.

Cada vez van siendo mejor comprendidas las bellezas de la asombrosa partitura. En general, es una verdad que la música de Wágner «se va entendiendo» según se va oyendo. Todos lo afirman, y habrá que admitirlo. Y sin embargo, no teniendo yo nada de inteligente ni aun de melómana, no me ha sucedido eso: desde el primer instante, no diré que entendí, pero sentí a Wágner, sin extrañeza alguna.

* *

Hace ya de ello muchos años; no bajarán de cuarenta. Celebrábase en Viena una Exposición Universal, y yo me contaba entre los viajeros atraídos por ella a la capital del Imperio austriaco. Nos pasábamos el día en el local de la Exposición viendo desempaquetar fardos y desclavar cajones, pues allí, como sucede también en otros sitios, y en España bien a menudo, nada estaba pronto para la fecha señalada. Una noche, ya que no veíamos la Exposición, decidimos ver el Teatro Imperial, y después de largas gestiones, pues no se encontraban fácilmente localidades, obtuvimos unas butacas, pagadas muy caras a una Agencia, nombre decoroso de la reventa. Por cierto que nuestra primera admiración fué para la Emperatriz Isabel, que ocupaba, con el hoy caduco Emperador, el palco regio. Era un prodigio de hermosura; llevaba (como en sus retratos) el pelo suelto, ondulado: una mata espléndida, color castaño dorado, que cubría como el manto más rico sus espaldas de diosa. Coronaba su frente una diadema de estrellas de brillantes, montura entonces muy nueva y de moda. Sus facciones eran de una pureza y finura extraordinarias; su cuello, largo y cisneo, aunque no tanto como el de una émula suya en infortunio, la Emperatriz de los franceses; su vestimenta, de *moire antique* azul, con una orla, por el escote, de grandes grupos de miosotis, la flor del ensueño. Por un cuarto de hora olvidamos la función y sólo tuvimos ojos para la que había de ser, andando el tiempo, víctima del estilete del anarquista Sipido. Al cabo, empezamos a ocuparnos de la función. Esta se titulaba *Fliegende Hollander*, o sea,